

EL HERMANO JOSÉ

Después de cerrado el templo, no sin esfuerzos pues la gente no cesaba de llegar en oleadas interminables, el padre Luis se acercó hasta el catafalco, situado en la nave central, donde reposaba el hermano José. Miró su rostro de cérea palidez, sus ojos cerrados definitivamente, su blanquísima barba, sus manos cruzadas sobre el pecho, arrugadas por los años y curtidas por mil trabajos, su hábito desgastado y zurcido... Unas tímidas lágrimas le brotaron al padre Luis. Arrodillado al pie del féretro, en las frías y duras lozas de mármol, comenzó a desgranar las cuentas del rosario. Pero no se concentraba. A borbotones le llegaban recuerdos, que no podía esquivar allí, frente al hermano José, protector, amigo, padre, guía, estímulo y, sobre todo, ejemplo para él de virtud, de energía, de fe. Aún se resistía a creer que se hubiese ido; parecía imposible que un ser, con tanta vitalidad, se extinguiera para siempre y le dejara solo. Había llenado tanto su vida, que ahora se sentía perdido, desorientado, como si el mundo, de repente, se hubiera quedado vacío.

En su memoria perduraba fijo y claro el primer encuentro, hacía ya más de una treintena de años. Postrado en un camastro a causa de la invalidez de sus piernas, secuela de la polio, con sus diez u once años tristes y desesperanzados, vio como hasta él llegaba el nuevo hermano, guiado por el Superior, que lo iba presentando a los acogidos.

- El hermano José -le dijo.

La impresión inicial fue desagradable. El hermano José tenía un aspecto algo rudo, violento, antipático. Sus ojos eran brillantes y la mirada acerada, fría.

Apenas si prestó atención al niño, pendiente de los gestos y las palabras del Superior. Cuando volvió para cuidar a los enfermos, como encargado de aquella sala, la especial sensibilidad del pequeño enfermo percibió una cierta repugnancia en el religioso, que procuraba eludir el contacto físico con los pacientes. Instintivamente, él reaccionó con ; animadversión que, al principio, creció con el trato desagradable y desconsiderado del hermano, que en ocasiones rozaba la violencia. No trataba al pequeño ni con delicadeza ni con afecto. El cuidado que antes había recibido, el trato protector, desapareció. Y él no era una excepción; también los demás enfermos notaron una acusada diferencia, a peor, que no acertaban e interpretar. Fue más tarde, bastante tiempo después, cuando se dio cuenta del efecto positivo de aquella manera de actuar del hermano José. Hizo que reaccionara, espoleado por la manifiesta indiferencia de éste, quizá cruel, procurando valerse por sí mismo y superar las deficiencias y limitaciones de su estado físico.

Fue entonces, al comprenderlo, cuando su cariño por el religioso nació y creció cada día. Se estableció un mutuo afecto, que ya nunca sufriría la mínima sombra.

También la comunidad, con la presencia del hermano José, notó un cambio sustancial. Los agobios económicos, derivados de una administración ineficaz y de una gestión débil, se resolvieron casi mágicamente. El poseía una especial habilidad para allegar fondos, para ahorrar -en ocasiones realizando con sus manos el trabajo-, para hacer que las personas pudientes fueran más espléndidas de lo que pretendían. Tenía una forma de pedir casi agresiva; sus acerados ojos y su enérgica exigencia, impedían cualquier pretexto de eludir una apropiada contribución, en proporción a las posibilidades de la persona abordada. Tampoco escapó a su iniciativa una mejora de la organización y de la distribución del trabajo. Hasta el propio Superior, un hombre ya anciano y achacoso, se sometió a su dictadura. Y todo marchó bien. Y al final todos acabaron por comprender que su labor era admirable y que, gracias a él, la comunidad y los enfermos alcanzaron una situación de bienestar como nunca soñaron. Y la figura del hermano José se fue agrandando y su fama extendiéndose.

Al mismo tiempo, de forma casi inapreciable, él también fue cambiando, posiblemente a causa de la edad. Su inicial despego, indiferencia y falta de simpatía, se transformaron, sin perder por ello un ápice de energía, en delicadas atenciones, en amabilidad, en amor hacia todos aquellos desgraciados, que tanto dependían de su actividad. Al pequeño Luis, por el que demostró una predilección rayana en afecto paternal, le hizo estudiar y que lograra, con brillantez, el

sacerdocio. Para él no existían horas de descanso, ni de retiro, ni de distracción; era incansable e inagotable.

Así transcurrieron una treintena de años. El tiempo, que todo lo corroe y destruye, terminó minando la salud de hierro del hermano hasta hacer que cayera, irremisiblemente, en el primero y último descanso.

El padre Luis, que tanto le debía, no pudo evitar una tristeza inmensa, una amargura sin límites, casi un reproche a Dios, ante la desaparición de aquel hombre bueno. Se rehizo y trató de consolarse pensando que ya estaría en el gozo de eterna felicidad. Buscando un pañuelo para secar las lágrimas, que corrían abundantes por las mejillas, tropezó con un sobre. Recordó que días antes de agravarse, se lo había entregado el hermano José, para que lo leyera cuando hubiese cerrado los ojos. Lo observó durante largo rato, sin saber qué hacer. Frente a él se hallaba el cuerpo inmóvil de la persona a quién más había querido en este mundo; en sus manos tenía, quizás, las últimas recomendaciones de un alma limpia y ejemplar. Era como una reliquia sagrada. La abrió, por fin, con sumo cuidado. A la luz vacilante de las velas, reconoció su letra clara, un tanto torpe e irregular. Y se enfrascó en la lectura,

"Padre Luis: Te llamo así porque ésta es una confesión general, y no quiero recurrir al cariño para conseguir tu absolución. Es la confesión que nunca he sido capaz de hacer a lo largo de mi vida, porque pensaba que podía dañarte, a tí, a la persona que ha llenado mi existencia. Esta es la causa de que, después de muerto, cuando ya nada puede sonrojarme ni obligarme a esconder mi vergüenza, te la haga con la sinceridad del definitivamente ausente. Y, aun así, me cuesta trabajo y no sé cómo empezar.

"Creo que recordarás nuestro primer encuentro. En aquellos días, el hábito que cubría mi cuerpo, por las circunstancias, era una máscara, un disfraz; él había entrado en mí pero no yo en él. Nada más lejos de mis intenciones que convertirme en un religioso ejemplar; por ello no debe extrañarte mis anómalas reacciones con todos vosotros, contigo de forma singular: sentía repulsión de vuestras taras, de vuestras pústulas, de vuestra deformidades. Procuraba dominarme, pero creo que conseguía bien poco. El mal trato que os tenía, que te tenía, no derivaba de un preconcebido plan para hacer os reaccionar y que lucharais contra vuestras limitaciones, -como habéis creído-; era -lo confieso- asco, auténtica repugnancia. Y malhumor, porque no podía eludir el contacto al que estaba obligado. Mi orgullo, -porque es orgullo- de hombre fuerte, se rebelaba contra vosotros y os despreciaba como seres inferiores, a los que no tenía por qué cuidar ni sacrificar mi vitalidad y energías.

"Tampoco mi dedicación a organizar y fortalecer la comunidad procedía

de un sano y loable deseo de mejorarla; habían otras intenciones subterráneas, ocultas, que más adelante te revelaré. Aparte de que, con estos esfuerzos, olvidaba mi deber de cuidaros y me permitía cierto abandono disculpable y comprensible para todos. Y demostraba así, a mis inútiles compañeros, alejados de la realidad, que el mundo es de los osados y que sólo atacándolo puede obtenerse de él frutos. ¡Qué gran farsante era!. Creo que, más que afectos, llegué a provocar miedo; hasta el superior, bondadoso y débil, se atemorizaba y se sometía a mis órdenes. Y las gentes, que tanto han colaborado, lo hicieron por mi manera de exigir, sin opciones. Estoy seguro de que despertaba animadversión y temor.

"Pero hay algo más grave que debo decirte: carecía de fe. Yo no creía en Dios, y ante la necesidad de no dejar traslucir mi descreimiento, tenía que someterme a la disciplina, a los ritos, a la comunión sacrílega. Esto me causaba un sordo furor, que ahogaba en la febril actividad que desarrollaba. Pero hubo unos momentos -ya no recuerdo cuando- que algo en mí evolucionó... Quizá fue la vanidad de comprobar que todo marchaba bien, gracias a mí; tal vez la seguridad de que yo era más valioso, capaz y necesario que los demás... ¡Mira por donde, mi soberbia, resultó ser positiva! Lo cierto es que comencé a estar satisfecho y a mirar, con ojos nuevos, todo. Tu dependencia de mí me enorgullecía y, poco a poco, fue convirtiéndose en amor. Ya te dedicaba mis mejores atenciones y me preocupaba por conseguir que tus defectos no lastraran, para siempre, tu vida. Los otros enfermos, desvalidos e inermes para afrontar la existencia, hallaron en mí las fuerzas de que carecían y el defensor de su bienestar. Sin darme cuenta, me encontré sumido y viviendo los problemas de los más desgraciados y luchando por resolverlos, con olvido de mí mismo.

"Sé que mi obra, hecha inconscientemente y consecuencia de unos hechos que aún desconoces, había ido otorgándome una fama de santidad y bondad que, sin lugar a dudas, no merecía. Me encontré, de pronto, sin darme cuenta, respetado, querido, venerado como un santo. ¡Mi sorpresa fue descomunal! Nadie conocía mi turbio interior, mi alma sucia. Con la sinceridad del que ya no se encuentra en este mundo, debo expresarte que este descubrimiento me produjo una honda emoción. Tal vez venga a tu memoria aquella época en que todos me encontrabais como ausente, distraído, preocupado. Lo imputabais a agotamiento, pero no estaba ahí la causa; el motivo era la confusión que en mí existía... Hasta que descubrí la profunda verdad que encierra esa frase hecha, que tanto se pronuncia: los designios de Dios son inescrutables. Yo, el más vil de los hombres, hipócrita, ladrón, malvado y ... asesino, ¡había sido su instrumento para realizar una gran empresa! Porque, éste es mi secreto celosamente guardado, yo

soy un asesino escapado de prisión y perseguido como ser temible por la justicia. Huyendo tropecé, un día, en el tren, con un frailecillo debilucho y apocado. La casualidad quiso que, al esconderme en el servicio, que por su despiste dejó abierto, me encontrara con él. Allí le obligué a entregarme sus hábitos y por temor a que pudiera delatarme, apreté su cuello con mis manos. Creo que no llegué a matarlo, pues apenas me esforcé; pero el miedo paralizó su corazón. Me apoderé de su documentación, me vestí su ropa y con la carta de presentación que llevaba, lo suplanté, adoptando su personalidad. En el tren quedó la del criminal buscado, muerto misteriosamente. Mi presencia en la comunidad obedeció a que me ofrecía refugio y seguridad; era un lugar donde no podía ser encontrado. Mi afán por conseguir medios económicos, el deseo de acumular dinero, para cuando llegara el momento de huir; pero ocurrió algo para mí inexplicable: el hábito hizo, en verdad, al monje.

"Ahora ya sabes todo sobre mí, la descarnada realidad. Creo que no merezco la absolución, sino la condenación eterna. Haz de esta confesión el uso que mejor te parezca, incluso su publicación, para escarnio de mi persona, que no debe apropiarse, ni es digna, de una fama de santidad que resulta casi una burla. Cuando leas estas líneas yo estaré ante la airada mirada de Dios; sé que no puedo aspirar a su clemencia... Sin embargo espero, espero con todas las fuerzas de mi débil corazón, a punto de estallar, que tú sepas, como hombre, no como sacerdote, perdonar el daño que te hago con mi revelación, y guardarme un poco de cariño en el recuerdo..."

El padre Luis quedó anonadado. Observó el rostro petrificado del hermano José -¿era el hermano José?- durante largo tiempo. Miró sus manos rugosas, que tantas veces le habían acariciado y protegido. Y lentamente, muy lentamente, acercó el escrito a la llamita de una de las velas. Prendió el fuego y el papel, como una estrella fugaz, ardió con rapidez para luego extinguirse, convertido en cenizas. El padre Luis, frente al féretro, levantó la mano y lo bendijo.

- Yo te absuelvo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y, si me escuchas desde esa otra vida, te expreso mi cariño y te ruego que nos protejas, y nos cuides, y nos guardes, porque tu alma es grande, bella, bondadosa y santa, gracias a los designios insólitos e inexplicables del Señor. ¡Adiós!. Hermano José!.... ¡Adiós, padre mío!...